

El viaje de vuelta de Severino Fuertes

María Eugenia Fuertes

Nací el 7 de mayo de 1911 en Santibáñez de la Isla, León. Mis padres eran Faustina y Gregorio, siete hermanos, yo el mediano de tres varones. Mi nombre es Severino, “abuelo”. Mi infancia al igual que la de mis hermanos no fue muy fácil pero seguramente tuvimos más de una travesura juntos y con los amigos. Iba a la escuela, jugaba y pescaba en el río Tuerto, corriendo grandes aventuras. Pero cuando llegaba a casa tenía que leer la Biblia y de esta forma concurrir todos los días a la iglesia de Santibáñez dando gracias por lo que tenía. No fue una buena experiencia; llegó un momento que ni yo ni mis hermanos queríamos ir más a la iglesia, ni leer la Biblia, pero mis padres nos obligaban, nos castigaban para que lo hiciéramos. Así fue como entre travesuras y obligaciones, falleció Gregorio, mi padre, de cáncer a los 32 años, joven. De esta manera abandoné la escuela y tuve que salir a trabajar al campo con el ganado y en la herrería que se ubicaba en diagonal a la casa.

En 1928 Faustina, mi madre, sin saber qué rumbo tomar, con desesperación, tomó a sus cinco hijas y a mí, para dejar su tierra. Fue una decisión muy difícil ya que abandonaba a mis hermanos. El mayor, Benjamín, se iba a hacer cargo de Gildo, el menor. La situación ya no daba para más; no teníamos qué comer y desde Argentina una tía nos informaba que era el paraíso.

Llegamos al puerto, donde la gente se encontraba nerviosa pero a la vez ansiosa. Mucha desesperación se sentía; creo que todos sentían lo mismo: esa ansiedad de ir a un lugar nuevo donde supuestamente era el lugar indicado para estar; pero, por otro lado, mucha tristeza, llanto por dejar y abandonar lo que teníamos acá, familia que no íbamos a volver a ver.

A la hora de subir al barco tuve la desgracia, o la suerte, de que mi hermano mayor, Benjamín, me hizo o no los papeles mal y no podía subir. Mi madre, como mis hermanas, ya estaba en el barco. Yo me quedé con mucha

bronca hacia mi hermano porque él se había encargado de realizar todos nuestros papeles. El barco se fue. Me quedé esperando, esperando algo que no sabía si quería: no podía volver porque con mi hermano más grande nos habíamos peleado, no mucho, pero teníamos mucha bronca. No sabía si iba a venir otro barco o algo para que me llevara a Argentina.

A los pocos días me subí a un barco de carga. No era el único, había más polizontes (*sic*) ahí, pero también ratas, mucha basura. No fue el viaje que yo esperaba, pero llegué al puerto donde me estaban esperando mi madre, hermanas y unas tías. Lo que observaba ahí era mucha esperanza, alegría y en el fondo del corazón, mucho dolor y tristeza.



Los primeros días en la Argentina.

Llegué a Argentina con 17 años, con una vida por delante, desafíos nuevos y muchas esperanzas de que alguna vez mis hermanos se den cuenta y vengan.

Lo primero que hice fue escribirles una carta contando lo que era este lugar nuevo, que había mucho trabajo y que los necesitaba, más que nada a Gildo, mi hermano menor, para que se animara a venir.

En esos momentos las cartas iban y venían, pero nunca ellos. Decidí empezar a buscar mi lugar en este “nuevo paraíso”. Trabajé de jornalero, muchas changas. En el campo, araba y también fui peón de albañil. Todo lo que se podía hacer lo hice con muchas ganas y siempre esperando a que mis hermanos que tomaran coraje y se vinieran pero eso nunca fue posible. Ellos siguieron con su vida allá, formaron su familia y ahí se quedaron. Ellos creían que las cosas acá no marchaban del todo bien. No los volví a ver.

Y así pasaron los años, seguí trabajando y me movía por toda la provincia, creo que de Buenos Aires, hasta que llegué a Mar del Plata y de ahí no me fui.

Encontramos una casa muy chica, donde me fui a vivir con mi madre. Ella tenía un conocido, de un conocido cerca de Mar del Plata y ahí fui a buscar trabajo, la verdad no me podía quedar quieto, necesitaba hacer algo. Fue ahí donde conocí a Francisca, “Quica”, la hija de mi patrón del campo, imposible acercarme a ella.



Cosechando cereal en Argentina.

Nos costó mucho ya que la familia no me aceptaba. Entre peleas y abrazos nos casamos allá en 1948. Nos fuimos a la ciudad donde vivimos en una casa muy pequeña. Tuvimos dos hijos: el mayor Jorge, el menor Daniel. Para llegar a tener esa casa y mantenernos tuve que trabajar mucho, como la gran mayoría. No fue fácil. Como decían, sí había comida pero había que producirla, y para eso se necesitaban horas o días de trabajo, pero con esfuerzo, esperanzas y valentía fuimos saliendo adelante.

Empecé a trabajar en una quinta donde luego cosechaba y salía a vender las verduras por el barrio. Después de dieciséis años nos mudamos a una casa que tenía mucho terreno. Fueron años muy duros para mi esposa y para mí, ya que la casa la hicimos entre los dos. En esos terrenos pusimos nuestra propia quinta. Mi “Quica” era colchonera y yo trabajaba en una fábrica de pasta en Mar del Plata.

Por la tarde o en los tiempos libres nos poníamos a terminar la casa. Pasaban los años y todo se ponía más difícil. Mi madre ya estaba muy enferma, de esa enfermedad que nos venía siguiendo, el cáncer, y a los 72 años falleció.

Ya el contacto con mis hermanos era débil, sólo para las fiestas, una vez al año. El contenido de las cartas eran las novedades del año. Sabía que ellos estaban bien, tenían hijos, trabajaban, pero no mucho más.

Hasta que me enfermé... Mis hijos, ya eran grandes. El mayor estaba casado, tenía ya un hijo, mi primer nieto, mi hijo menor estaba por casarse. Mi cáncer duró casi seis años y luego de mucho



Trabajando como jornalero.



Nuestra boda (1948).



Cena de empleados de la fábrica de pasta.

Buenos Aires 22-11-75
Queridos todos:
No queremos dejar pasar
estas fechas sin llevaros
llego nuestro recuerdo
y nuestro cariño.
Os deseamos de todo
corazón un feliz fin de
año y un muy prospero
año nuevo. Saludos en
especial de mis padres
y hermanos y un fuerte
abrazo de
Noni Fuertes

Felicitación navideña de una prima de España.

dolor, pasé a mejor vida. A mis hijos no les inculqué mucho amor por España. Les contaba cuando tenía tiempo que tenían algún tío y primos allá, pero nada más. Yo, en el fondo, sabía que alguien de mi familia o algún nieto se iba a interesar en buscar.

Yo a mis hijos les dejé un terreno a cada uno, ellos se hicieron la casa y ahora viven juntos, pegados también a su madre.

Pasaron los años, muchos años. Mi hijo mayor Jorge tiene dos hijos, mi otro hijo Daniel tuvo tres hijos, dos mujeres y un varón. Él también se enfermó de cáncer y falleció a los 45 años.



Mis hijos, Quica y yo.

Una de mis nietas, la mayor, terminó sus estudios y empezó a investigar, a averiguar un poco más de la familia. Comenzó en 2008. Sus primeros pasos fueron concurrir al Centro de Castilla y León de Mar del Plata, donde se unió al igual que su hermano y su primo a la Comisión de Jóvenes del lugar. Luego empezó a preguntarle a su abuela, mi Quica, y ella con mucha emoción le contó parte de mi historia. Tiene tanta memoria y todo tan bien guardado, que mi nieta se entusiasmó. Le dijo que su abuelo, yo, nunca tuvo la fuerza o el coraje de volver a su lugar, y no les pudo inculcar a sus hijos lo que él en el fondo de su corazón tenía, ya que eso era tristeza y más recuerdos dolorosos. Pero mi nieta, al igual que su padre y por supuesto al igual que yo, inquietos, no iba a parar hasta lograr lo que ella quería. Así empezó a recolectar cartas, fotos, algunas direcciones, pero nunca se animó a mandar una carta. Mis tres nietos seguían concurriendo al centro y gracias a participar y a colaborar tuvieron la oportunidad de viajar.

Realizaron el viaje “Raíces” a León, en 2009. ¿Qué quiere decir esto? Que mis tres nietos iban a viajar a León. Viajaron sin muchas esperanzas



Mi familia en Argentina.

de conocer o encontrarse con alguien de la familia, ya que ellos sólo llevaban la dirección de una carta vieja. Llegaron a León y por supuesto lo vieron magnífico, iban desde lo moderno a lo antiguo. Les encantó. Lo recorrieron todo y sin dejar lugar por conocer. Todos los días ocupados salvo un fin de semana que lo tenían libre para ir a conocer a los familiares. Ellos no tenían nada, ni un contacto. Mi nieta les brindó a los coordinadores la dirección que ella tenía de una de las cartas que yo había recibido.

La Diputación de León les consiguió un número de teléfono y un número de celular¹. Ellos se habían comunicado con un familiar que, por supuesto, a mis nietos ni los conocía. Mis nietos se comunicaron con él y arreglaron para encontrarse en Ponferrada en el restaurante “El Castillo” donde ellos iban a almorzar botillo.

Mi nieta estaba muy nerviosa, ansiosa. Cuando llegó el momento iba caminando hacia el restaurante y antes de entrar, ella sabía que él había entrado. Entró y lo vio, sabía que era él. Él preguntó quiénes eran los Fuertes y ahí levantaron la mano. Fue muy emocionante. Mis tres nietos primero se quedaron mudos ya que este hombre era igual a su padre, mi hijo, que había fallecido hace ocho años. Él les preguntaba qué les pasaba hasta que le contaron y le mostraron una foto, ahí encontraron la relación. Él sería un sobrino que rápidamente les contó cómo estaba constituida la familia actual y que estaba vivo mi hermano, no lo podían creer.

El domingo 26 julio mi sobrino los fue a buscar a la residencia estudiantil, que queda enfrente de la plaza de toros. Ya se saludaron como si se conocieran de toda la vida, esa conexión que uno no sabe por qué es pero es la misma sangre.

Mi sobrino, llamado Carlos, los llevó a San Justo de la Vega donde se encontraban cuatro de los hijos de



Mi nieta, Ángela, Ventura, mi nieto, Carlos, Berta y Enrique y Manolo.

¹ En América teléfono móvil. (N.E.).

mi hermano mayor, Benjamín, casado con Rosa (ella era la que nos mandaba las cartas) y con la que tuvo seis hijos, y mis nietos conocieron a cuatro de ellos, tres de los cuales viven ahí y uno en Ponferrada. Los estaban esperando ansiosos. Lo gracioso era que pensaban que iban a encontrarse con personas muy grandes como ellos y mis nietos eran jóvenes, muy jóvenes. La charla fue entre jamón, cecina y lomo, ya que los tres que viven en San Justo, Ángela, Ventura y Manolo, tienen una carnicería llamada “Ventura”, siguieron trabajando duro a pesar de la edad, nunca se enfermaron y están solteros.

El que vive en Ponferrada, Enrique, se casó con Berta y tuvieron tres hijos uno de ellos Carlos, mi sobrino, parecido a mi hijo.

Entre fotos nuevas, viejas y mucha charla se les pasó la hora. Entonces lo que hicieron fue ir al pueblo donde había nacido yo y mis hermanos, por el que ellos, la gran mayoría de veces, pasaban cerca pero nunca tenían el valor de parar. Hacía más de treinta años que no iban y de San Justo queda a unos pocos minutos.

Llegamos a Santibáñez de la Isla, paramos el auto al lado de la iglesia, en la que todos sabían que sus padres y/o abuelos habían pasado horas ahí, con ganas o sin ganas, pero habían estado ahí.

Fue un día soleado, con mucho calor, pero ellos estaban ahí todos juntos sin pensarlo, caminando de la mano o debajo de un árbol refugiándose del sol, pero contentos, entre primos. Sabiendo que nosotros padres y/o abuelos los estábamos viendo desde algún lugar y que por suerte se habían conocido.



Mis nietos y la iglesia de Santibáñez de la Isla.



Mis nietos, mis sobrinos y el río Tuerto.

Siguieron caminado hasta el puente donde por debajo pasaba el río Tuerto. Ellos sabían más anécdotas sobre lo que hacíamos ahí. Mucha pesca, muchas travesuras.

Después de un día lleno de emociones dejaron y agradecieron a Pepe, por todo lo nuevo que les había dicho.

También se despidieron de mis sobrinos, hijos de Benjamín, y prometieron volver a las cartas. Fue un día único para mis nietos porque yo no tuve la



Mis nietos y mi familia española.

suerte de contarles, transmitirles todo lo que España me había dado pero, sabía que en algún momento alguien de mi familia, se iba acordar de mí, de mis raíces y así fue.

Con la vuelta de mis nietos a la Argentina, si ese día, domingo, fue emocionante la llegada, contar todo lo que habían vivido allá fue increíble. Fue como si todos hubieran estado ahí. Revivieron ese día con lágrimas, fotos y embutidos ricos que la familia de España había mandado.

Desde ese momento estoy tranquilo, mi nieta tuvo el valor que yo no tuve de volver a mis raíces. Yo no podía volver, me enfermé, pero tampoco tuve la fuerza de hablarles a mis hijos, de tratar que ellos buscaran, que se interesaran por lo que España en algún momento nos dio.

Pero los jóvenes a pesar que viven apurados en sus cosas y que a veces pensamos que no les interesa nada de la vejez, no es así. Mi nieta pudo conocer a su familia, su sangre, su apellido. Busca tu lazo de sangre, vas a ver como te vas relacionando diferente.